

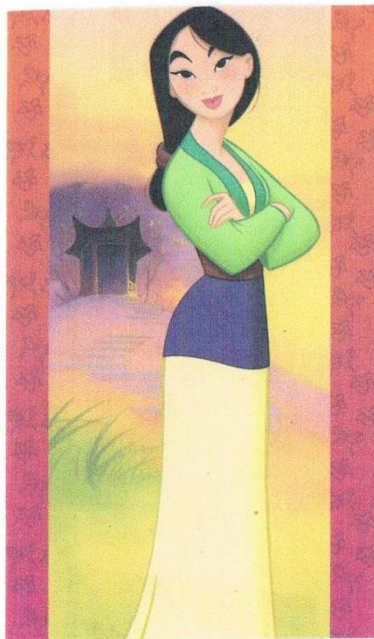
LA MADRE DE LOS CUENTOS

Esta versión de un relato popular de la Bretaña francesa demuestra que los textos tienen una unión, a veces inexplicable, ya que la idea de la mujer que vence la brutalidad gracias al poder de la palabra la encontramos también reflejada en textos de la antigüedad en Oriente.

Pues señor, voy a contar una historia que sucedió hace mucho tiempo, allá cuando los árboles hablaban y los hombres entendían los lenguajes oscuros y enigmáticos de los seres de la noche.

Vivió en Bretaña un leñador muy bruto, casi una bestia. Estaba casado con una bella y dulce muchacha, y vivían en una cabaña oculta entre los árboles de los bosques más oscuros y profundos.

Todas las tardes la joven esperaba a su esposo en la puerta de la humilde cabaña, para recibirlo. Todas las tardes, esperaba, ilusa, una caricia, una palabra agradable o una sonrisa cariñosa. Pero todas las tardes aquel



bruto dejaba tras la puerta de la cabaña el pesado haz de leña, se descargaba de la enorme mochila y dejaba el hacha para coger el grueso bastón que guardaba tras la puerta de la entrada. Y todas las tardes repetía el mismo hecho, como un ceremonial, con aquel grueso bastón, pegaba a su mujer. Ella recibía la paliza diaria en silencio, se decía que incluso con resignación.

Por las mañanas hubo quien la vio llorar de amargura y pasear sola por los bosques.

Al llegar la tarde sabía que no podía esperar otra cosa. Aquella especie de monstruo que era su marido dejaba el haz de leña, el hacha y la mochila, y cogía el bastón de madera. Ella callaba y recibía los golpes de aquella ira incomprensible.

Una tarde todo parecía diferente. Ella había notado algo distinto en el cuerpo. Sabía que estaba esperando un hijo. Él, como siempre, dejó el haz de leña, el hacha, la mochila y estaba ya con el bastón en alto, cuando ella lo mandó parar levantando el brazo y, con voz tierna, dijo: "Espera, te voy a contar una historia".

Cuentan que estuvo horas contando cuentos a su marido, relatos y leyendas antiguas, extraordinarias y maravillosas. Historias que ella misma inventaba. El bruto estuvo hasta el amanecer con el palo levantado y dicen que, incluso, con un amago de sonrisa en los labios. Por la mañana dejó el bastón tras la puerta y, por primera vez, no pegó a la joven esposa.

A la tarde siguiente, cuando el leñador dejó el haz de leña, el hacha y la mochila y cogió el pesado bastón en la mano, ella susurró, levantando los brazos: "Espera, te voy a contar una historia".

Y aquella segunda noche inventó cuentos, leyendas y relatos hasta el amanecer, aún más cautivadores, más fantásticos, más encantados. Él no pestañeó, incluso sonrió al llegar el día. Aquella segunda noche tampoco pegó a la joven esposa.

Cuentan que durante los nueve meses del embarazo la muchacha inventó cuentos todas las noches y su marido no volvió a levantar el bastón para pegarle.

Dicen también los viejos, en Bretaña, que cuando nació aquel niño, con él nacieron todos los cuentos.

Cuando el bruto leñador volvió a agarrar el bastón para pegarle a alguien sintió que su mano quedaba yerta, su piel se agrietaba y se cuarteaba como corteza de madera; en los pies iban naciendo raíces y de la cabellera crecían ramas, hojas y brotes tiernos.

En un profundo y misterioso bosque del Norte de Francia hay un árbol. Es enorme, de ramas retorcidas, y su tronco está cubierto de musgos. En él habitan todos los cuentos.